

Lenguaje, ideología y economía política

Paul FRIEDRICH
University of Chicago

RESUMEN

Después de contrastar claramente un enfoque «analítico-científico» y un enfoque «emocional-ético» y sus interrelaciones, el artículo explora los tres fenómenos principales: 1) la economía política, con el acento puesto sobre los problemas conectados de a) la cuantificación y b) el individuo innovador; 2) la ideología principalmente como un sistema para a) mantener o cambiar un orden sociopolítico o b) enmascarar una estructura de dominación; 3) el lenguaje como a) una estructura simbólica análoga a la de la economía, y b) un mediador entre la ideología y la economía política (fundamentalmente a través de figuras tales como la sinécdoque). Se definen la «linguocultura» y la «ideología linguocultural», y se esquematizan lógicas alternativas y teorías complementarias relevantes.

Prefacio: dos enfoques¹

«El objetivo de una teoría es guiar un hilo de conciencia («consciousness») por otros estados de conciencia.»

C. S. Peirce, «Apuntes sobre el positivismo».

Deseo reformular un punto de vista que es radical en un sentido genérico (es decir, crítico), y creo que un modo de hacerlo es desarrollar y entretrejer dos

1. Mi agradecimiento a John Attinasi, Burt Bledstein, James Collins, John Comaroff, Deborah Friedrich, William Hanks, Mark Krupnik, John Leavitt, Hy van Luong, Bruce Mannheim y Ed Wilmsen por sus comentarios críticos sobre las varias versiones previas de este artículo.

enfoques establecidos y ya parcialmente ligados, incluyendo sus métodos y motivos.

El primero trata de los valores y de las relaciones económicas y otras relaciones culturales, y de relaciones entre relaciones que también constituyen clases de valores. Es racional, intelectual y cognitivo, y está concentrado en la construcción de modelos científicos rigurosos y en la de los métodos empíricos que los acompañan, sean operacionales o al menos proveedores de penetración. Tiene sus raíces en el análisis y, en última instancia, en el impulso por conocer y comprender. Llamémoslo el enfoque analítico-científico.

El segundo enfoque trata más de las emociones, motivos, y preguntas sobre lo que es justo o injusto, a menudo en relación con la explotación y la opresión, la dominación de un individuo, clase o política nacional por otro, como en el caso del colonialismo. La justicia social y la liberación individual resaltan, y el estudioso puede verse movido por un sentido de crítica social e incluso de ultraje. En otros casos, sin embargo, la atención está puesta en las sociedades que son relativamente carentes de clases y mínimamente explotadoras. En cualquiera de estos casos el enfoque tiene sus raíces en la identificación y la afinidad con otro ser humano semejante y podría llamársele emocional-ético².

Gran parte de la investigación hoy en día se ocupa de asuntos tales como sistemas de valores económicos, relaciones políticas lingüísticamente codificadas y conjuntos de economía y conjuntos de poder; no obstante, también implica y algunas veces expresa abiertamente crítica o rechazo de la hegemonías, de la dominación de (ciertas) ideologías, y de las consecuencias de la explotación y la

2. En lo que concierne al fundamento del enfoque emocional-ético, adaptado a Baxandall (Bottomore 1983: 286), un sentido de ultraje frente a i) la degradación y la explotación, ii) la injusticia y la inhumanidad, iii) la desviación de los potenciales para la auto-realización, *en su calidad de rasgo central* (el énfasis es mío), es lo que distingue al marxismo de otras filosofía importantes, aunque esto debe corregirse para incluir, por ejemplo, al anarcosindicalismo y a muchas variedades de cristianismo y budismo.

Con respecto a la clasificación y a la terminología empleadas en este artículo, nos servimos de un cenegal que los biólogos llaman «nomina confusa» (términos que se superponen, polisemia, etc.) y, además, de una multitud de nombres, escuelas, polémicas y distinciones muy precisas, en parte procedentes de los académicos ingleses y franceses de estas últimas décadas. Mi propio uso del término «crítico» en diferentes momentos se asemeja, por ejemplo, al usado por quienes valoran el marxismo como un recurso para la crítica sociopolítica pero también al usado por quienes lo valoran como un conjunto de ideas útiles para la descripción etnográfica: mi idea de «crítico», por ejemplo, dista de ser sinónima de la de «humanista» o de «filosófico». Más aún, los numerosos términos, ideas, modelos, etc. que se han tratado en este ensayo introductorio nos conducirían, si fuesen tratados con precisión histórica-bibliográfica e intelectual, a una enorme extensión engorrosa de referencias y notas a pie de página imposible de llevar a cabo en este artículo.

opresión (v.g., el colonialismo). Esta misma combinación de análisis y crítica se encuentra en la economía de parcela y pequeña granja y en la crítica social y ética en *Walden*, de Thoreau. Una observación similar podría hacerse acerca de *El Capital*, de Marx, que se centra por igual, estoy convencido, tanto en la brillantez analítica del capítulo 1, notablemente en la sección sobre «El fetichismo de la mercancía», como en la furia moral, parcialmente manifiesta, y las estadísticas que la apoyan en el capítulo 10 sobre «la jornada de trabajo» (especialmente dedicado al trabajo infantil en la industria inglesa).

El enfoque emocional-ético y el analítico-científico, como muestran estos ejemplos, *pueden excluirse recíprocamente, y ninguno es reducible al otro. Pero los dos enfoques no son de por sí excluyentes; de hecho, cada uno es de ordinario esencial para el otro, ya que ambos son «críticos» y se ocupan de los «valores», aunque los significados de estos términos difieren mucho en contexto: una crítica científica es siempre implícitamente ética en un grado significativo, y una crítica ética es casi siempre científica hasta cierto punto. En otras palabras, el enfoque científico se apoya fundamentalmente en lo cognitivo (v.g., la lógica del experimento) y se ocupa de diversos niveles de conocimiento, mientras que el ético-emotivo está enraizado en lo afectivo, así como también abiertamente enfocado hacia tales fenómenos, pero también es común que un análisis cognitivo surja de una preocupación ética y que un análisis del afecto surja de la *libido cognosciendi*. Estas complejas interdependencias constituyen una cuestión de grado. Excepto en el caso extremo de ciertos economistas profesionales o ciertos poetas, la mayor parte de la teoría radical muestra ambos enfoques; los casos intermedios resultan particularmente esclarecedores; me viene a la memoria un líder poético y económicamente consciente tal como el revolucionario agrario regional mejicano, Primo Tapia.*

La cuestión principal, entonces, es ésta: ¿cómo podemos integrar los dos enfoques así como en otros contextos nos preguntamos cómo nos interesa integrar la teoría y la práctica? O más bien, del mismo modo que reconocemos que la teoría y la práctica no pueden separarse una de otra de ningún modo válido, tampoco pueden separarse los enfoques analítico-científico y emocional-ético. La pregunta entonces se convierte en ésta: ¿Cómo vamos a percibir y articular su conjunción y, con ello, la conjunción de ambos enfoques y la teoría-práctica?.

Interdependencias

Todo está *vermittelt*-mediatizado, ligado en uno, conectado por transiciones... No solamente lo está la unidad de los opuestos, sino también la transición de cada determinación, cualidad, rasgo, lado, propiedad en todo otro... Para

Hegel, acción, práctica, es un «silogismo» lógico, una figura de la lógica. ¡Y eso es verdad!

V. I. Lenin, *Conspectus del libro de Hegel «La ciencia de la Lógica»*.

Abordemos el problema global de las direcciones de interdependencia entre lenguaje, ideología y economía política. ¿cómo son, por ejemplo, el «lenguaje» (en nuestros varios sentidos, incluyendo el de un signo procesual en un mundo básicamente material) y la ideología (sea táctica o interpretativa) interdependientes al constituir ambos parcialmente los criterios para la hegemonía política?³.

Tal interdependencia tiene al menos cuatro direcciones obvias, todas ellas ilustradas por teóricos importantes. Primero, la economía política puede determinar la ideología, que entonces determina el lenguaje, aunque hay mucha retroalimentación y contra-determinación entre ambos. Segundo, la economía política puede verse como determinando en gran parte los complejos del lenguaje y de la ideología, que se interpenetran completamente entre sí. Tercero, el problema principal puede ser cómo el lenguaje media entre la ideología y la economía política. Cuarto, y por último, el lenguaje puede estar entrelazado completamente con la economía política, específicamente con lo económico y lo tecnológico, incluso con más fuerza, porque lo hace del modo menos obvio y más insidioso. De esta síntesis compleja, donde lo tecno-económico es siempre lingüístico y lo lingüístico es siempre tecno-económico, surge la ideología como un primer resultado —quizás *el* primer resultado— que rige los actos y las actitudes humanos.

Hay otras posibilidades. Por ejemplo, modelos débiles dicotomizan el universo en dos niveles, uno de ellos dominante. Dependiendo de si es dominante el lenguaje, la ideología o la economía (política), tenemos, respectivamente, 1) el determinismo lingüístico (v.g., Whorf o Wittgenstein, ambos respectivamente en sus etapas iniciales); 2) el idealismo categórico o el marxismo superideologizado; o 3) el economismo fundamentalista o una variedad de la economía clásica. Tales modelos en dos niveles son, no solamente superficiales, sino también anti-intuitivamente restrictivos.

Pero hay también otras posibilidades más prometedoras. De hecho, dado que cada uno de nuestros componentes o variables —la economía política, la

3. Según el estructuralista español Carlos del Saz-Orozco, la definición de *lenguaje* es «facultad humana mediante la cual podemos comunicarnos según un sistema de signos orales (o escritos),» mientras que *lengua* es «una manifestación concreta del lenguaje, circunscrita a la comunidad que usa cierto sistema específico de signos: el español, el inglés, etc...» Hay otras definiciones de dichos términos. He optado por «lenguaje» en este ensayo pero el lector puede leer «lengua» cuando parezca más justo.

ideología y el lenguaje— tiene múltiples niveles y subvariables, y ya que la determinación o causalidad puede funcionar en un sentido o en otro en casos y contextos dados y es siempre recurrente en principio, el número total de esquemas causales no sólo es grande sino infinito. Pero habiendo admitido esta infinitud teórica, también tenemos que restringir el «argumento de sistemas» de que todos los componentes en tales sistemas se implican mutuamente, y de que son partes mutuamente interdependientes de algún todo más amplio. Esta verdad spinozista —que tanto inspira a Lenin en la cita de más arriba— es importante e interesante, pero nos deja con el problema residual de cómo se relacionan las partes entre sí y con la totalidad apocalípticamente visualizada y las imperfecciones siempre potenciales en esta totalidad final. Por ejemplo, es verdad que el determinismo económico es siempre en gran medida una cuestión de conciencia (consciousness) y que la conciencia siempre es en gran medida económica, pero ¿cómo funciona esto exactamente en contextos sociales reales como sistemas de ideas culturales? ¿y cómo funciona en la historia?

Economía Política

Homero maldecía, y Teócrito; por otro lado, Adam Smith leyó y fue economista bien profundo...

Alexander Pushkin, *Eugene Onegin*

La «Economía política» es la más vaga y actualmente la más de moda de nuestras tres variables. ¿Qué significa?

Una estrategia heurística de apertura es relacionar la economía política con otra idea con la que a menudo se superpone en la antropología y en las ciencias sociales en general: la de cultura.

La cultura puede entenderse como la visión del mundo de los indígenas (tal como es inferida por el antropólogo); o como un sistema-en-proceso de valores, símbolos y actitudes; o como un sistema-en-proceso de patrones de vida continuamente (re)creados (explícitos o implícitos, racionales o irracionales, conscientes o inconscientes); o incluso como la visión del mundo del nativo tal como aparece presentada en textos no supervisados por el indígena (definiciones en respuesta a estímulos no antropológicos). En éstas e incluso en otras definiciones menos conocidas, la cultura estaría caracterizada desde un ángulo político-económico, con un énfasis relativo sobre factores políticos tales como el poder institucionalizado, y factores económicos tales como la distribución del crédito.

Por otro lado, en muchos casos no hay intersección entre «cultura» y

«economía política» —o al menos los científicos no la ven o no la entienden—. En la mayoría de los significados de cultura y economía política y de interacción, por otra parte, hay una preocupación por un todo agregado de producción y reproducción de la vida cultural y física; el proceso incluye fenómenos estéticos, religiosos, éticos y otros similares. Ciertamente, esta idea general de trabajar y pensar en términos de un sistema y de un proceso global puede ser la más válida de todas, hagamos o no suposiciones secundarias, a menudo gratuitas, sobre la armonía, la homogeneidad, la limitación o la regularidad. ¿Cómo se ha enraizado la economía radical en valores tales como el derecho al voto, la democracia, los derechos económicos de todos, y una economía humana planificada, en contraste con la economía neoclásica y su «libre competencia»? La economía política radical ha estado preocupada siempre de las realidades tan crudas como el salario mínimo y la acumulación del capital, pero también de las consecuencias éticas y humanas de estas realidades.

La economía política, a otro nivel, constituye el tema y el estudio del proceso económico global, particularmente de la asignación de recursos. Atañe a los siguientes tipos de preguntas en la tradición de la investigación crítica que va desde Adam Smith a C.W. Mills: La búsqueda de los propios intereses económicos y del bienestar público, ¿se implican mutuamente, o por lo contrario deben llevar a crisis económicas periódicas, que tienen siempre repercusiones lingüísticas (como cuando la ruina de una aristocracia de plantación afecta al prestigio de muchas palabras claves)? ¿Hasta qué punto la élite con mayor poder político es también una élite económica?

Una última proposición, que es ilustrativa: todo trabajo y todo capital, como hegemonía y explotación, son simbólicos en el sentido de que toda actividad humana es concebida, imaginada y llevada a cabo dentro de y entre unidades y relaciones simbólicas: no hay un capital no-simbólico en la medida en que tampoco hay un juego no-simbólico o pre-simbólico entre niños. Pero habiendo admitido esto, nos queda la pregunta de cómo son simbólicos el trabajo y el capital y hasta qué grado diferencial lo son.

La economía política tiene en consideración cuestiones fundamentales planteadas por cualquier sociolingüista con un componente radical: ¿qué clase de significados comparten el mundo social y el mundo individual, y qué clases de interacción existen entre los elementos de estos significados?. No cabe duda de que, un problema general en juego es la relación íntima potencial entre la lingüística (incluyendo la fonética y la lingüística sociocultural) y varias combinaciones de teoría de ciencia económica, social y política. Uno de nuestros principales proyectos es elaborar patrones de co-variación e interinfluencia entre fenómenos lingüísticos y político-económicos. Para hacer esto, la esfera políti-

co-económica tiene que ser subdividida en regularidades que puedan ser observadas y medidas en las interrelaciones entre individuos y grupos de alguna población. Contraponemos esto a, y lo interrelacionamos con, el conjunto estructurado de normas, valores, actitudes y sentimientos históricamente derivados, explícitos e implícitos, compartidos y transmitidos por los individuos en la sociedad dada, prestando especial atención al papel que juegan los factores económicos, tales como el control de los medios de comunicación masiva. ¿Cómo se conectan o asocian de modo causalmente significativo los patrones de cooperación y conflicto entre clases, castas, regiones, élites, o facciones políticas de un pueblo o de una política nacional tal como la Rusia Zarista, la India contemporánea o Los Angeles en los EEUU, con fenómenos lingüísticos tales como la sintaxis de cláusula, el uso pronominal, el orden de palabras, o la intuición lingüística (*Sprachgefühl*), u otras macro-*gestalts*? ¿Cómo se relaciona la pobreza relativa y la influencia política con, por ejemplo, la complejidad lingüística y el equipamiento verbal? Gran parte de la respuesta a estas preguntas reside en los procesos reales «en momentos concretos» en los comités políticos, en las confrontaciones no previstas, en las conversaciones entre dos personas y en otras situaciones.

Después de esta reseña general deseo concluir esta parte del artículo con dos proposiciones que espero resulten igualmente estimulantes. Mi primera proposición es que la economía política incluye cuestiones cuantificables. El cambio histórico, incluyendo el cambio lingüístico, comprende a menudo acumulaciones cuantitativas, o declives seguidos de saltos cualitativos bruscos y realineaciones y reorientaciones sistemáticas. Esto ha sido demostrado, independientemente de cuál sea la posición que se tenga respecto de la lógica Hegeliano-Marxista. La «cuantificación» incluye cosas tales como el número de tortillas de maíz u onzas de pan negro que necesita cada obrero el día y el precio de dichas cosas en el mercado, o su producción en parcelas familiares. Tales cuantificaciones de productos a base de maíz pueden ser estudiadas fructíferamente, entre otras cosas, por una economía externa, positivista, que no haga de la cuantificación *el* criterio. Evitemos, en cualquier caso, el desprecio oscurantista hacia la economía del economista (y hacia la política del politólogo). Evitemos la calidad-sin-cantidad de gran parte de la antropología simbólica e interpretativa.

Como antropólogos, nuestro enfoque más frecuente es a través del individuo y la familia y a través de términos, medidas y preocupaciones locales, se vean o no como culturalmente interpretados o como parte de una política nacional o del sistema económico mundial (en el cual prácticamente todas las familias están ahora involucradas). La etnoeconomía o la microeconomía etnográfica, o cualquiera que sea el término técnico que se prefiera, se refiere aquí a los métodos

empíricos posibles y a las publicaciones bien conocidas y reconocidas. En realidad la microeconomía obsesiona a muchos de los campesinos y primitivos que estudiamos; su conversación está llena de referencias a precios y medidas.

Mi segunda proposición concierne al individuo activo y creador, sea esta persona un líder local o un peón sin tierra (quien resulta en principio igualmente interesante), o alguien intermedio que experimenta y algunas veces altera los acontecimientos históricos y que no puede ser reducido a, o analizado en términos de, un marco conceptual despersonalizado, puramente sociocéntrico, socialmente determinista y por eso parcialmente ajeno a casi toda la investigación antropológica. Cuando no se abordan estas dimensiones biográficas y autobiográficas, el estudio del lenguaje y la economía política continúa siendo irreal y por tanto no científico y vulnerable a la acusación de materialización. Considero que este individuo único, creador, se encuentra metodológica y epistemológicamente subordinado a los sistemas sociales de un pueblo o a las historias locales de la historia antropológica y de la etnohistoria.

Estas proposiciones sobre la (etno) cuantificación y el papel del individuo único (y el acontecimiento) deberían ser irritantes en un sentido constructivo, y su explotación es, en todo caso, indispensable para indagar la dinámica dentro de las constantes del sistema o de la estructura. Además de su extraordinaria significancia analítica, las cuestiones gemelas de la cuantificación y del individuo único (acontecimiento, persona, etc.) corresponden a la *parole* de la lingüística estructuralista, y también pesan sobre el hecho filosófico más general de la determinación e indeterminación en todos los sistemas: lingüístico, económico, poético, tecnológico.

Ideología

El «post-capitalismo» ha creado un mundo fantasma donde los significados no naturales son los naturales...; el hombre es un protagonista en una especie de grotesca «vuelta a la naturaleza en una naturaleza completamente falsa».

Feruccio Rossi-Landi, *Lingüística y Economía*

La ideología, la segunda de las tres variables, ha sido discutida, caracterizada e identificada de muchos modos, algunos de los cuales deberían por lo menos mencionarse aquí. En primer lugar están las identificaciones de la ideología con lo siguiente: 1) el aspecto práctico de la ontología, 2) el mito, y 3) el antimito. De hecho, la ideología está entretrejida con el mito en sentidos que incluyen, por ejemplo, el mito de Sísifo y el mito del Napoleón, así como varios sistemas de símbolos, ideas e imágenes que resuelven las antítesis individuales o culturales.

El mito en todos estos sentidos entra en la táctica ideológica o en las superestructuras ideológicas paralelas.

En segundo lugar, la ideología ha sido identificada con 1) el aspecto práctico de la ontología, 2) una «religión secular», 3) una religión, 4) una teología como la del Antiguo Testamento, y 5) el nacionalismo. Todos estos y aún otros significados esencialmente figurados definen algo problemático, algo que debe ser aclarado, llamándolo de otro modo que también es problemático.

Más serias son las definiciones relativamente analíticas propuestas por algunos antimarxistas; por ejemplo, «la ideología es el equivalente estructural de la mentira»; o lo que queda después de que substraemos el lenguaje, el parentesco y la economía en algún sentido limitado, o, parafraseando al marxista Althusser, el sistema penetrante (v.g., las escuelas) por medio del cual el estado (burgués) se reproduce a sí mismo; o, siguiendo la posición así llamada marxista fundamentalista, un tejido de racionalizaciones y creencias falsas generadas por la «base económica» co-existente; o finalmente, para un neohegeliano, «cualquier sistema cognitivo que brote del orden de la idea lógica» (Kristeva 1982:250).

Está la metáfora de Gramsci de que la ideología es «el principal campo de batalla» para la lucha de una clase por la hegemonía del orden político sobre un orden que es social, en el sentido de incluir, por ejemplo, a la familia y al parentesco. Dentro de este marco la hegemonía cultural es a la vez parte de, y medio para, la hegemonía política. Pero calificar a una ideología de campo de batalla resulta también engañosamente metafórico. Ante todo, refuerza la visión esencialista (extendida en antropología) de que la ideología constituye algún tipo de *substancia*. *Dirige nuestra vida hacia otros lugares equivocados.*

Pienso que nos quedan dos significados válidos de la ideología, ambos naturales en términos de uso común, y ambos consonantes con el realismo científico. Según el primero, la ideología es un sistema, o al menos una amalgama, de ideas, estrategias, tácticas y símbolos prácticos para promover, perpetuar o cambiar un orden social y cultural; en suma, constituyen ideas políticas en acción. El orden puede ser específicamente económico, político, religioso, estético, o incluso de otro tipo, aunque en él los aspectos, partes o niveles económicos tienden a ser más importantes. Tales conjuntos de ideas para la acción surgen del compromiso de individuos creativos con problemas prácticos y necesariamente reflejan o expresan la voluntad y los intereses por el control o cambio de algún grupo o clase social, particularmente, de sus intereses económicos. Aunque tal grupo puede ser una élite, una región privilegiada, o una línea de parentesco o dinastía (incluyendo las «dinastías» metafóricas), puede igualmente involucrar a una clase subprivilegiada o a un grupo profesional. Vista desde este ángulo relativamente empírico y pragmático, la ideología aparece

siempre en un contexto histórico y político real, y no hay ideologías inherentemente buenas o malas; la moral es una cuestión de grado. Incidentalmente, dos o más ideologías siempre pueden coexistir dentro de un sistema social único, ya que «contexto», desde este punto de vista, abarca desde la mente de una persona hasta conjuntos y organizaciones internacionales.

En cuanto al segundo significado también realista, hay en él una parte negativa, de ordinario retórica y farisea, que en realidad se originó con Napoleón, quien consideró a la ideología como una metafísica engañosa, contrastándola con «leyes adaptadas al corazón y a las lecciones de la historia». Esta definición fue recogida por políticos reaccionarios y luego adaptada y reconducida por los marxistas. Pero la ideología, cuando se la define como un galimatías idealista, o como un «capullo protector tejido por los conservadores», o como un triturador de capullos fraguado por los revolucionarios utópicos, sigue siendo, en cada caso, las ideas del otro, las cuales son equivocadas, ilusorias, o simplemente malas. Dados los problemas implícitos en estos significados negativos, sin hablar de sus peligros prácticos reales (por ejemplo, en las dictaduras totalitarias), no resulta sorprendente que muchos pensadores hayan tratado de oponerse a la ideología (o a la idea misma de la ideología en la ciencia), o hayan argumentado que la ideología decaería. Olvidan que la ideología (o algo muy parecido a ella con nombre diferente) constituye un componente inevitable de *todas* las políticas, incluyendo la vida dentro y entre familias (toda categorización política de valores mutuamente diferenciadores es una consecuencia inevitable de toda interacción social). Olvidan el creciente papel actual de la ideología en el sectarismo local y regional, especialmente manifiesto en los países del Tercer Mundo. También olvidan, o pasan por alto, las diferencias que hay entre, por una parte, los significados relativamente coloquiales y analíticos del término, y por otra, las llamadas «ideologías totales» del fascismo y del comunismo Stalinista, que acompañan y deliberadamente invaden todos los aspectos de la vida. Finalmente, olvidan que la constante tendencia a través de la historia a conceptualizar la ideología en términos negativos refleja los complejos papeles que la ideología sea cual sea el sentido dado a esta palabra tiene en el mantenimiento o consecución de relaciones de poder asimétricas y explotadoras, es decir, en la distorsión u ofuscamiento o restricción de posibles comprensiones, posibles imaginaciones de uno mismo y del otro.

Después de que se han calificado, clarificado o descartado los aspectos negativos de la ideología, según sea el caso, lo que queda, en términos realistas, es la noción analíticamente inestimable de la ideología como un conjunto o al menos una amalgama de ideas, racionalizaciones e interpretaciones que ocultan o pasan por alto una estructura para mantenerse en el poder o conseguirlo,

particularmente el poder económico, con el resultado de que los actores y los ideólogos son ellos mismos inconscientes de lo que sucede. En este segundo significado crítico, la ideología surge de los intereses de una clase, de ordinario una clase económica o una clase definida económicamente, y aparece en un contexto histórico (v.g., la dicha «natural» de la búsqueda de la vida, la libertad y la propiedad, según la filosofía de John Locke). También en este segundo significado la ideología no es ni buena ni mala, sino que simplemente constituye la proyección del interés de un grupo (¡aunque el analista científico puede tener reacciones negativas o principios éticos sobre la ideología en cuestión, así como sobre la ideología en el primer sentido en que la hemos discutido!).

La principal diferencia entre los dos puntos de vista que llamo el pragmático y el crítico-marxista es que el pragmático hace hincapié en la acción consciente, aunque obviamente admitiendo fuerzas inconscientes, mientras que el marxista hace hincapié en el control de la acción o en la influencia sobre ella de fuerzas que son en gran parte inconscientes o de otro modo subyacentes. Obviamente, tenemos que admitir que aún el peor ideólogo tiene *alguna* comprensión consciente y explícita de las fuentes de su posición. Ambos sentidos de ideología pueden fusionarse en la realidad: la política lingüística de los soviéticos respecto al ruso ha sido, para algunos, parte de una explotación cínica y racista de las minorías, a menudo acompañada del genocidio punitivo o preventivo cuando las cosas van mal. Pero la misma política, en otros tiempos y desde otros puntos de vista, es un programa constructivo por medio del cual el hermano mayor benevolente (es decir, el ruso) ha llevado las comodidades de la vida moderna a los hermanos menores (es decir, a los siberianos, a los indígenas). Ambivalencias similares aparecen en la política lingüística del pueblo y gobierno americanos respecto a los indígenas, que va desde asimilaciones fascistas y resentimiento a distintos grados de cordialidad y empatía. Si bien los dos puntos de vista realista de la ideología han sido caracterizados aquí para extraer su carácter distintivo, ambos están también relacionados sistemáticamente; la ideología en sentido pragmático, por una parte, está dominada o determinada por el nivel crítico-marxista, mientras que la ideología en sentido crítico-marxista está determinada y circunvenida, hasta cierto punto, por líderes incluso por públicos, relativamente sofisticados.

Nos quedamos con los dos puntos de vista de ideología, el pragmático y el nuevo marxista, los dos coherentes con un corpus imponente de indagaciones científicas. Hay que agregar, sin embargo, un tercer punto de vista sobre la ideología que recientemente goza de gran respeto. Según este, la ideología incluye todas las ideas o conceptos básicos que los miembros de una sociedad (o una parte de ellos) tienen sobre cualquier campo delimitado, como la filiación

matrilineal en un sistema de parentesco, o los valores de honor en una cultura mediterránea, o la división del trabajo en todas las sociedades. La ideología en este tercer sentido es la parte más intelectual, conceptual y generalizada de una cultura; contrasta, por ejemplo, con la estadística de patrones observados. La ideología en este tercer sentido es relativamente coherente, orientada y ligada de muchas maneras con el mito y la etnofilosofía. La ideología en este tercer sentido ha venido siendo empleada fructíferamente por muchos antropólogos eminentes y vamos a tenerla presente de vez en cuando en la exposición que sigue, porque amplifica y completa tanto el sentido pragmático como el crítico-marxista.

Con independencia de que adoptemos el punto de vista empírico-pragmático, o crítico-marxista de la ideología, queda un número de preguntas consonantes con el realismo de ambas. Por ejemplo, ¿cuál es el alcance y el poder de la conciencia de élite, y cómo pesa ésta sobre la economía política? ¿Cómo atiende la ideología a la relación entre lengua y política? ¿qué tipo de fenómenos median entre el lenguaje, la ideología y la economía política suponiendo, aunque parece problemático, que un modelo o lógica de partes componentes y partes mediadoras es lo que queremos? Todo esto nos conduce al lenguaje, nuestra tercera variable o tema para la crítica.

Lenguaje

Pero la mimesis y el lenguaje poético...ya no actúan como esclusas instintivas dentro del enclaustramiento de lo sagrado y por el contrario se vuelven rebeldes contra su posición, y así, desplegada su complejidad por sus prácticas, el proceso significador se une a la revolución social.

Julia Kristeva, *Revolución en el Lenguaje poético*

Sugiramos, como definición de trabajo, que el lenguaje es un proceso verbal por el cual el individuo relaciona ideas con sonidos y con otro simbolismo material en términos de un código y en el contexto de una sociedad y su cultura y sus historias respectivas interrelacionadas. Se ha demostrado repetidamente, por ejemplo, que los factores de entonación, ya sean individuales o culturales, constituyen un código que, en el contexto de un realismo científico, puede ser tratado fructíferamente en términos de factores universales. Que existe un gran número de niveles lingüísticos potencialmente relevante—desde el estrictamente fónico hasta los distintos tipos de vocabulario y los tipos de patrones sintácticos—ha sido postulado, en otros, por McQuown, quien propone un total de treinta y nueve niveles. De nuevo, puede ser útil diferenciar el lenguaje en sus usos, contextos y textos de la gramática en sentido amplio, que comprende tanto la

sintaxis como la semántica. O podemos diferenciar, nuevamente, entre los miembros de la conocida trilogía de sintaxis, pragmática y semántica; la última engloba tanto el significado de la gramática como el significado culturalmente lingüístico, lo que incluye las implicaciones políticas de la metáfora y la sinécdoque (relaciones de la parte con el todo o del todo con la parte). En el mismo espíritu podemos diferenciar entre, por un lado, lo que es universal y relativamente constante y, por otro, lo que es relativamente concreto, sensocialmente experimentado, nuevo, particular, dinámico, e incluso, a veces, caótico. Estos y otros modos de lidiar con el problema son útiles, pero no tracemos o creamos en líneas nítidas, rígidas entre cualquiera de estas cosas, porque su (inter) conexión incluso fusión pueden a veces ser más relevantes que su segregación. Dicho esto elípticamente: los códigos siempre funcionan como contextos, y todos los contextos tienen códigos.

La idea de lenguaje como interacción entre distintas variables continuas tiene consecuencias profundas y analíticamente valiosas, algunas de las cuales aparecen cuando construimos pares de conceptos lingüísticos y económicos, y los fenómenos a los que se refieren. En la lista de significados análogos que sigue —la esencia hasta cierto punto del libro original de Rossi-Landi— me muevo de lo concreto y particular a lo más abstracto y general, en cada caso dando primero el término lingüístico-semántico y el económico-político después: 1) los hablantes son a los trabajadores como 2) los mensajes son a las mercancías como 3) el habla es al capital variable como 4) el lenguaje es el capital como 5) el significado (o signo) es al «valor de uso», en el sentido de valor inmediato, práctico como 6) el significante o elemento significador es al «valor de intercambio», en el sentido del poder que la mercancía tiene de regir ciertas cantidades de otras mercancías.

Pero sin ir más adelante, ya destaca lo grosero de estas analogías; por ejemplo, debemos cambiar «trabajadores» por «miembros de la economía», y los «mensajes» no son en general comprados y cambiados como «mercancía», y el «lenguaje» es una riqueza compartida por cada «hablante» nativo y difiere mucho del «capital». Ya menos realistas, aunque sugerentes, son las otras analogías bosquejadas por varios autores, así como las analogías entre toda una estructura lingüística, como la fonología, y una estructura económica. Las relaciones entre los términos de estos pares se mueven entre, o combinan, distintos grados de alusiones, analogías y homología estricta, y está claro que falta comparabilidad en los términos que se comparan o que los eslabones de la cadena se encuentran a menudo en diferentes niveles de abstracción. Pero no obstante la debilidad de muchas de estas analogías, el hecho, o al menos la hipótesis fructífera, es que hay muchas semejanzas entre la teoría lingüística y la

teoría económica. Un ejemplo concreto y claro es el de valor de cambio monetario del habla «griot» de los Wolofs de Africa (Irvine 1989), que nos hace recordar que las palabras son a veces muy caras, como en la oficina de un abogado, y que estas palabras siempre llevan el sello de una ideología. En fin, conviene ver la relación entre la lingüística y la economía, no en términos de analogías oscuras, sino en términos abstractos y sistemáticos o, por el contrario, en términos muy concretos y, por decirlo así, etnográficos.

Estas metáforas concatenadas son ignoradas tanto por el economista serio (que de todos modos no tiene en cuenta generalmente el lenguaje) como por el lingüista serio (que generalmente desvía su mirada de la economía). Sin embargo, nos queda un conjunto sugerente de semejanzas entre el lenguaje y la economía (política). Algo del contenido potencial de tales analogías (u homologías, como algunos sostendrían), dentro de la posición materialista puede sugerirse además indicando que la élite, clase, facción gobernante, u otro poder hegemónico posee control sobre la emisión y circulación, no solamente de máquinas y productos alimenticios y armas, sino también de mensajes verbales y no verbales, de los códigos de la publicidad, incluyendo la propaganda política, de muchos o la mayoría de los canales de comunicación, y de la mayoría de las modalidades de interpretación; algunos mensajes y modelos de mensajes son reiterados *ad infinitum*, mientras que otros son censurados; el control sobre la forma de los mensajes va de la mano del control sobre sus medios de interpretación (que es de ordinario penetrante y subliminal). En gran medida la economía política es una cuestión de competir por tropos en este sentido, amplio, y por el poder de diseminarlos.

Nuestro concepto de analogías fructíferas entre la lingüística y el estudio de la economía o entre el lenguaje y la economía política lo podemos precisar empleándolo para hacer una crítica del relativismo lingüístico idealista y de los formalistas que están completamente alejados de la vida social. Tal relativismo y tal formalismo tienen mucho valor científico y los dos albergan buenos principios de análisis y de comportamiento político (por ejemplo, la tolerancia mutua según Locke o Montaigne). Pero están determinados tanto histórica como socialmente, y *pueden estar* y muchas veces *están* ligados a ideologías explotadoras y coloniales: el indígena ingenuo es «igual» porque su lenguaje (cuando menos la fonología) es de la misma complejidad que la de nuestro lenguaje, y así mismo es «libre» porque con dicho lenguaje puede cantar canciones donde quiere y generar una infinidad de construcciones sintácticas, todo eso mientras el sociolingüista estudioso ignora completamente la ideología y la economía política de nuestro desdichado indígena (Rossi-Landi, 1972: 175). Es propósito fundamental de este artículo hacer frente a tal lingüista alienado y tender puentes

conceptuales entre la lingüística y la economía política. Una explotación sería de la alienación lingüística queda como una de las metas más importantes de una lingüística radical (y tendría en cuenta los grandes logros de Wittgenstein y Rossi-Landi).

Muchos pensadores han argüido a favor del papel mediador del lenguaje. Algunos han mostrado el papel mediador del arte, particularmente del arte verbal, y de la ciencia, especialmente de las ciencias sociales (que consisten, en una medida significativa, en habilidades verbales). Otros argüían que entre la ideología y la economía política mediaba un «estilo de pensamiento», que, dado que el estilo forma parte de la cuestión más amplia del lenguaje, lleva a lo que es quizás todavía el mayor problema de la lingüística cultural: el relativismo lingüístico, y, específicamente, la hipótesis de que el mayor efecto o influencia del lenguaje sobre el pensamiento (y la ideología, etc.) tiene lugar a través de las dimensiones más poéticas de su proceso.

Estos argumentos se aclararán si consideramos a ciertos teóricos como seres humanos individuales insertados en la cultura de su tiempo. El status de Mao como teórico es enigmático, así como es problemático su status como poeta clásico, y sin embargo tuvo lo bastante de ambas cosas como para que valga la pena estudiar la intersección de los dos papeles. Por otro lado, Marx, precisamente en los pasajes en los que arremete contra la ideología y la religión, o al menos las critica como ilusión, falsificación o fetichismo, resulta él mismo vulnerable a una lectura atenta, incluso a una deconstructora, que muestre que su pensamiento estaba parcialmente estructurado en términos de categorías específicas del lenguaje. El pensamiento del Marx joven también estaba emocionalmente guiado por valores literarios del lenguaje y la cultura alemanas, notablemente los de la poesía romántica a los que dedicó algunos de los mejores años de su juventud sobre los que publicó unas ciento cincuenta páginas. Se podrían mostrar ligaduras texturas análogas entre el lenguaje con el pensamiento en Milton, Martín Lutero y Martin Luther King. Debemos aplicar a Thoreau y a Camus, a Marx y a Bakhtin, a Paine y a Churchill, y a cada uno de los líderes del marxismo, criptomarxismo, antimarxismo, liberalismo, anarquismo, fascismo, pensamiento reaccionario, y otros universos, los mismos criterios de análisis histórico, filológico y crítico que aplicamos a cualquiera, incluyéndonos a nosotros mismos.

Lo que es más, las formas materiales y manifestaciones del lenguaje participan todas ellas en figuras retóricas, o tropos, que entendemos, en una especie de definición provisional, como todas las construcciones, empleos y usos que, por virtud de cosas tales como imagen, conjunción, analogía y modo, son innovadoras, vividas, persuasivas, o emocionalmente apremiantes. La creación

de tropos es siempre original e individual, aunque la gran mayoría de los nombres de los creadores se olvida pronto.

Tropos

Yo introduciría en el *marco* conceptual de Marx la idea de *estructura* de carácter...; los trabajadores deben ser vistos no sólo como *prisioneros* de sus condiciones, sino también como prisioneros de sí mismos, de sus propias *estructuras* de carácter, que son el producto de condiciones previas.

Bertell Ollman, *Alienación*

Vayamos a los conceptos básicos, a los tropos específicos y a su papel no sólo en la economía, ciencia y arte sino también en la conversación diaria y el papel emocional que juegan en la economía política tropos como la sinécdoque.

Un tropo es, en primer lugar, la ironía, en el sentido general de que lo que se dice no es lo que se significa. La ironía puede regir no solamente la selección de palabras, la sintaxis de la cláusula y otras cuestiones específicas sino también creaciones enteras, tales como el humor indio mejicano referente a los contra-tiempos. Hay también estilos irónicos interculturales, tales como la ironía socrática y la ironía romántica. En poética hay, de hecho, por lo menos dieciocho clases de ironía definida cuidadosamente, incluyendo la lítote, la antífrasis, el ridículo, los tipos de paradoja, la ironía romántica y cuatro clases de ironía dramática. Como sugerí más arriba, gran parte del marxismo está motivado por (actitudes hacia) un tipo de ironía del destino: el contraste entre las aspiraciones (principalmente conscientes) del individuo y lo que finalmente la sociedad hace de él o ella, mediante procesos de los cuales él o ella son en gran parte inconscientes. Una variante más especial de la ironía es la oscuridad, opacidad o cripticismo deliberado —o simplemente dificultad— tan dominante en la poesía simbolista francesa y luego rusa. La mayor parte del discurso social, la conversación, la ficción y la poesía son significativamente irónicas porque —poniendo toda la cuestión tan abstractamente como sea posible— la ironía provoca contrastes afectivo-éticos y conflictos entre factores en la comunicación y el intercambio —actores y papeles, por ejemplo— o, desde otro punto de vista, contrastes entre intención y realización. Esta es una razón por la cual parte de la sociolingüística más original y reciente se ha ocupado de la ironía, aunque no lo haya formulado explícitamente en estos términos. A diferencia del quiasmo o la metáfora, que se prestan a —quizás incluso lo sugieren— un «análisis puramente formal» a través de la sintaxis y la semántica, los patrones y usos de la ironía están tan insertos en el contexto, la escena, el drama, la motivación, la paradoja, la mentira, el idealismo y la desilusión y la ambigüedad social que positivamente estimulan

enfoques que reconocen e integran todas las dimensiones del lenguaje a la que aludí más arriba: la pragmática, la gramática, la semántica estructural y la economía externa. La ironía es un término universal (si es que existe tal cosa), intercultural e interlingüístico, y posiblemente el tropo más poderoso y más frecuentemente empleado. Por tanto necesitamos prestar toda nuestra atención a la múltiples funciones de este tropo modal que es la ironía como parte de nuestra sociolingüística radical y economía política lingüística, ya sea marxista, anarco-sindicalista, feminista o simplemente liberal.

La Metonimia (por ejemplo, la sinécdoque)

La metonimia, en la poética clásica, es el uso de una palabra o un símbolo similar en un sentido nuevo y relacionado (por ejemplo «la Casa Blanca» por «el presidente»); constituye otra clase de tropo. Dicha transnominación se basa en, o se encuentra motivada por, la asociación, característicamente en el espacio o lugar, pero también en el contexto social o incluso en el tiempo, todo lo cual, según Bühler, puede estar incluido en el término «contigüidad». Todo lenguaje es metonímico en gran medida, y cuando se habla metonímicamente, las relaciones de anatomía, la parte por el todo y otros tipos de contigüidad son de enorme alcance. La metonimia resulta omnipresente en las conversaciones y discursos similares. En el otro extremo, la poesía, se encuentra a menudo característicamente marcada por la metonimia y su subtipo específico llamado «sinécdoque», que consiste en relaciones del todo por la parte o la parte por el todo. La metonimia puede ser propia de determinados poetas, como Alexander Pushkin, o de tradiciones poéticas como la poesía neoclásica francesa, o de áreas enteras que comparten una misma intuición poético-lingüística, tales como muchas tradiciones orales indígenas del Nuevo Mundo. También es característica de un gran porcentaje de anuncios y publicidad estadounidense no indígena: «La cerveza que hizo famosa a Milwaukee», «Elaborada con agua de cuando la tierra era virgen», y «de la tierra del oso gris»; todos estos lemas comerciales tienen características de sinécdoque, aunque entran en la gama de la metáfora y de otras figuras (v.g., del oso a las montañas al frío a las gotas frías en una botella de cerveza, etc.). Los tropos son ciertamente variados y cabe mencionar aquí los siguientes: 1) la metonimia y su principal subtipo, la sinécdoque; 2) la ironía y otros tropos de modo; 3) los tropos de ordenamiento (como la conmutación); y, por supuesto 4) los tropos de analogía como la metáfora. Todos estos Tropos juegan muy distintos papeles. Son diversos, en particular, los papeles que juega la sinécdoque en términos de paradigmas, frecuencias, y simetrías y asimetrías

geométricas, como ha demostrado la poética formalista. El terrible poder de la sinécdoque surge de su empleo en la economía política, estereotipado en las fórmulas de las conversaciones y los medios de difusión masiva, cuando se acusa a individuos alegóricos («el huno», «el judío») o a un pueblo entero («los norteamericanos», «los alemanes», «los rusos») de atrocidades y crímenes masivos en los que sólo una pequeña fracción de la población participó y a los que la mayoría o una minoría significativa puede haberse opuesto activa o pasivamente. Mediante dicha falsificación trópica se emplea equivocadamente el nombre de un grupo, de una cultura o de una nación entera para referirse a los hechos de un subgrupo a menudo pequeño. Los procesos de sustitución en una sinécdoque son dos: 1) los que reducen («el chivo expiatorio») y 2) los que agrandan e incluyen («la culpa colectiva»). Y así, de un modo u otro, la sinécdoque puede formar parte de, o incluso constituir, fórmulas catalizadoras, las formas verdaderas que sugieren, desencadenan o catalizan sentimientos que a su vez y junto con las ideologías legitimadoras pueden cambiar y hasta revolucionar o diezmar la economía política. ¿Cómo? A través de la discriminación étnica, la confiscación en masa, o incluso la destrucción de la propiedad, la violencia hacia los acreedores, real o imaginaria, el hacer desaparecer a individuos o grupos, el bombardeo de saturación de poblados y suburbios, o el genocidio global. Yo sugeriría que, de todos los tropos, la sinécdoque y las formas afines de metonimia son aspectos lingüísticos particularmente relevantes y solapados de conflictos entre grupos étnicos, clases y otras entidades sociales y políticas.

La ideología linguocultural

Lo dicho hasta ahora indica que a las nociones de ideología como una racionalización compensatoria o una pragmática política debería añadirse una tercera. En una palabra, las implicaciones éticas, políticas y otras similares de una lengua y del simbolismo cultural con ellas relacionado constituyen, en un primer nivel, ornamentos e instrumentos; por ejemplo, en el debate político. Pero más allá de esto constituyen un orden penetrante que trasciende lo lingüístico en el sentido usual del término. La hipótesis adicional que deseo presentar es que muchos sonidos y significados de lo que convencionalmente llamamos «lenguaje» y «cultura» constituyen un solo universo, único en su clase, cuyas partes se encuentran al menos tan ligadas unas a las otras como cualquier otra cosa fuera del mismo. Es un universo no sólo en términos de análisis, sino también en términos del punto de vista que el discurso y las acciones de los participantes implican. Es un universo que incluye sobre todo las significaciones del vocabulario,

los aspectos semánticos y pragmáticos de la gramática, y los aspectos verbales de la cultura. Este universo es un todo pero a otros niveles está bastante diferenciado. Llamemos a este universo la «linguocultura», o concretamente, la linguocultura griega, la linguocultura rural del sur de Illinois, y así sucesivamente.

Una razón del empleo de un neologismo es ayudar a deshacerse del acto de equilibrio científico que existe desde hace décadas entre «el lenguaje y la cultura» (¿cuánto de cada uno?), o sea «el lenguaje *en* la cultura» (¿la cultura en el lenguaje?) y a reconocer que el mundo real y gran parte de nuestros estudios actuales abarcan un terreno común que comparten ambos fenómenos en cuestión.

El orden linguocultural tiene implicaciones éticas, políticas y afines que moldean, organizan e incluso motivan a los individuos y a los grupos de individuos. Dicha ideología linguocultural incluye, por ejemplo, la discriminación sexual; es decir, el machismo, que se halla incorporado al vocabulario e incluso a la gramática del inglés y de la mayoría de las otras lenguas y que nutre la «política sexual», pero que opera con igual intensidad en los distintos patriotismos y chovinismos que se entrelazan en las figuras retóricas convencionales que se refieren a la política nacional. La ideología linguocultural concierne a todo, desde la tecnología de origen rural y la metafísica folklórica hasta la metafísica de los filósofos. La ideología linguocultural incluye algunas proyecciones cuasi geométricas de los postulados pero éstas son característicamente irregulares y forman una pequeña parte del todo. La ideología linguocultural se sirve de, y se encuentra generada por, la mayoría de los niveles y compartimentos del lenguaje (pero no por muchas reglas esencialmente fonológicas o sintácticas). La ideología linguocultural también se sirve de, y se encuentra generada por, aquellas partes de la cultura que son relativamente susceptibles de elaboración o caracterización lingüística y del empleo del tropos. La ideología linguocultural afecta directamente a las otras clases de ideología, de las cuales, de hecho, forma parte (por ejemplo, los políticos, en particular, buscan apoyo en la linguocultura de mutua tolerancia [«El respeto al derecho ajeno es la paz»], y también explotan el racismo y la discriminación sexual que está implícita en la gramática de casi todas las lenguas).

La ideología linguocultural no se halla al mismo nivel de las otras clases de ideología, y esto es por dos razones. En primer lugar, a diferencia de la ideología crítico-marxista o de la ideología político-pragmática, las cuales son relativamente amorales, la ideología linguocultural cuenta con una ética implícita incorporada, impulsada por el mismo sentido de atropello que impulsa a la crítica de un sistema político-económico. En segundo lugar, la ideología linguocultural resulta más técnica y, por así decirlo, de naturaleza lingüístico-antropológica, y esto refleja

su carácter categórico y epistemológicamente diferente: es más difusa, permanente, de mayor extensión que las otras dos ideologías, y se halla más localizada en el inconsciente o subconsciente del hablante y de sus colectividades políticas; incluso los ideólogos expertos, aunque sea en el sentido pragmático de la palabra, como Jefferson o Lincoln, Juárez o Martí, a menudo ignoran el funcionamiento de lo que aquí se denomina ideología linguocultural.⁴

El lenguaje y la linguocultura, aunque a menudo son derivativos o principalmente de carácter expresivo personal, constituyen también variables magistralmente poderosas que deben tratarse como independientes, en parte, de todo lo demás y, añadiría, coordinadas con la ideología y la economía política. Consideramos una última cuestión teórica.

Alternativas y complementos

Aquella razón universal, práctica o ética, aquel determinismo, aquellas categorías que explican todo, son suficientes para hacer reír a un hombre respetable.

Albert Camus, *El Mito de Sísifo*

4. En varios puntos de este ensayo aludo al realismo, la ciencia y al realismo científico. De hecho el realismo científico. De hecho el realismo científico prevalece en la mayoría de las ciencias naturales y en las ciencias sociales de nuestros días. Un primer axioma es que nuestro interés principal debería centrarse en el proceso y en el cómo, antes que en el por qué, ¡lo cual de ninguna manera excluye un interés en la estructura y la ontología! Un segundo axioma es que los procesos que investigamos poseen cierta realidad externa y continua, independiente de la investigación: el conocimiento, como en una de las paradojas de Zenón, constituye una aproximación cada vez más cercana a algo inherentemente inasequible. Un tercer axioma es un compromiso con la observación y los hechos en varios sentidos y muestreos, u otra información de algún modo representativa. Continuamente se mejora (por ejemplo, se fundamenta) un conjunto de hipótesis e interpretaciones, evaluaciones, etc. Incidentemente, el realismo científico se halla relacionado con, pero resulta indudablemente diferente de, los positivismos, con los cuales no se le debe confundir. Por ejemplo, no se limita a observaciones o datos de «sentido», no requiere formalización en un metalenguaje matemático (aunque ello posee obvios valores de verdad, incluyendo valores estéticos), y de ninguna manera excluye u opera en contra de la metafísica (el término «realismo» implica metafísica). Un cuarto axioma del realismo científico es que el mismo está determinado social e históricamente. El reconocimiento y dilucidación de dicha determinación no imposibilita la continua aproximación a verdades de más peso mencionadas en el segundo axioma. Un axioma final, por ahora, es que el realismo científico considera el carácter único del individuo —tanto el científico como sus sujetos/objetos humanos— como variable en parte independiente en el creciente campo del conocimiento, el discernimiento, la imaginación informada, etc. Un objetivo importante del realismo científico hoy es día es unir o sintetizar el trabajo basado sobre todo en la observación y en la estadística con las construcciones más cualitativas y derivadas de las humanidades.

Nuestro campo de trabajo requiere un teoría socialmente relevante de orientación económica y de lenguaje sofisticado. Pero una gran totalidad teórica contiene o implica siempre lógicas o simbolismos alternativos, y la teoría y el teórico serán fuertes en la medida en que se cuente con dichas alternativas. Sería conveniente que nuestro campo de trabajo empleara un conjunto mayor de teorías, que incluyendo las siguientes clases de teoría: 1) que no sea ni radical y socialmente crítica ni de orientación económica (el trabajo de Edward Sapir o Jacques Derrida, por ejemplo), o 2) que no sea radical y socialmente crítica, como el trabajo de A.N. Whitehead y C. S. Peirce, o 3) que no sea económica (Albert Camus y F. Nietzsche serían ejemplos de esta clase), o 4) que sea tanto radicalmente crítica como de orientación económica y que, sin embargo, como las tres primeras clases, se la considere, por lo general, fuera del perímetro de estas dos orientaciones (cabe mencionar a los anarquistas Michael Bakunin y Henry David Thoreau; la sofisticación del segundo acerca del lenguaje se equipara a su aguda apreciación de la economía). El pensamiento de las ocho personas que acabo de mencionar puede servir de inestimable componente contrario o necesariamente sustitutorio de todo lo que recogemos de los esquemas más obvios de Bakhtin, Chomsky, Williams (1976, 1977) y otros. Señalo que estos ocho individuos están en posición comparativamente independiente de Rousseau y Hegel, aunque sin desconocerlos. Pero sólo necesitamos mencionar a Rousseau y a Hegel para recordar su papel permanente y de gran influencia en casi toda teoría radical, ya sea política, económica, existencialista, fenomenológica o de algo tan remoto (pero teóricamente tan a propósito) como el Zen estadounidense. Incluso una sola proposición por parte de éstas y otras figuras creadoras ha ejercido una influencia considerable y sutil en la historia del pensamiento crítico de carácter radical; pensemos, por ejemplo, en la frase de Hegel, «Todo trabajo constituye un deseo limitado/inhibido». Podrían hacerse sugerencias similares acerca del potencial papel complementario de las proposiciones de Kristeva y Luxemburg (ambas, adviértase, Hegelianas, a diferencia de los ocho anteriormente nombrados).

Más allá de las fuentes más obvias de la lingüística, la antropología, la sociología, la ciencia política, la filosofía y la teoría crítica marxista, también existen ideas más ignoradas que necesitan ser reconocidas y utilizadas en toda su riqueza. Estas ideas alternativas, complementarias y/o marginales pueden hallarse, por ejemplo, en la crítica literaria deconstructora, en la economía neoclásica y, en la tradición estadounidense, en las obras de Paine, Emerson, Thoreau, Peirce, Veblen, Dewey, y Burke, por nombrar sólo a unos pocos. El eclecticismo teórico que tanto caracteriza a casi todos los pensadores estadounidenses puede sintetizarse de modo provechoso con la multiplicidad y el pluralismo *de facto* de

orientación más o menos marxista de nuestros días, y también puede integrarse de varias maneras con campos de investigación relevantes, tales como la antropología económica, la teoría política clásica y la lingüística y la poética estructural y postestructural. Somos parte, pues, de un crecimiento continuamente fluctuante de historia intelectual, en la cual toda teoría, incluyendo nuestras propias pequeñas aportaciones, cuanta con fuentes complejas y numerosas implicaciones para un futuro de iguales características. Recurramos libremente a la reserva existente de teorías, sin preocuparnos por límites hegemónicos o por los dictados del dogma o la doctrina.

Conclusiones

...si el [lenguaje] vernáculo burgués envuelve a la cultura en esta trascendencia de valores precisamente para exaltar como *cultura*, el [lenguaje] vernáculo marxista la conserva en la misma trascendencia para denunciarla como ideología...; los dos escritos se reúnen en el mismo pensamiento mágico.

Jean Baudrillard, *For a Critique of the Political economy of the Sign* (Para una crítica de la economía política del signo)

He delineado dos enfoques muy diferentes pero fundamentalmente complementarios respecto al lenguaje, la ideología y la economía política; a saber, el enfoque analítico científico y el enfoque emocional—ético. Los problemas predominantes para el estudio de la economía incluyen: 1) trabajar en términos de conjuntos amplios de límites abiertos; 2) cuantificación —incluyendo etno—cuantificación y cuantificación positivista— y su papel en los usos de sistemas en proceso, en especial los usos económicos y políticos; 3) el papel del individuo único, creativo en el «mundo real» y en el analizar los tres universos interdependientes en cuestión. Después de aludir a muchos significados del término «ideología», usé tres significados útiles en términos del realismo científico: i) las tácticas y los conceptos pragmáticos, es decir relativamente conscientes para la acción, la (acción) política en particular, y ii) el marxista crítico, es decir un entramado de ideas que encubre las realidades político-económicas subyacentes. A continuación describí el lenguaje como un universo de variables que interactúan continuamente sin divisiones marcadas entre sí; por ejemplo, la sintaxis, la semántica cultural y las formas en uso. La estructura de una teoría lingüística en este sentido resulta complejamente análoga a aquella de una teoría político-económica radical; por ejemplo el signo es el valor de uso como el significado es el valor de intercambio. El lenguaje se relaciona con la ideología y con la política económica de muchos modos, a menudo a través del empleo de

tropos tales como la ironía o la sinécdoque y en gran parte por medio de la práctica, en momentos, determinados por parte de individuos en reuniones de negocios, lecturas de poesías, fiestas informales, conversaciones cara a cara, etc...

Un motivo de la complejidad de mi posición es la relación diversamente sinérgica del lenguaje, no sólo entre nuestras tres variables principales (el Lenguaje, la ideología y la economía política) sino también, separadamente, entre las dos últimas y la útil tricotomía entre las estructuras gramaticales, los sistemas de uso del lenguaje y la semántica cultural, y luego, ilustrativas de estas dos últimas, las muchas clases de figuras retóricas políticamente explosivas como la sinécdoque y la ironía. Y sin embargo todo lo anterior se entrecruza, a su vez, con los términos fundamentales en la (continua relación entre) razón teórica y práctica. Por muy críticos que seamos del mal empleo o materialización de este último contraste —y nadie es más crítico que yo— el hecho es que se infiltra en nuestra teoría occidental judeo-cristiana (y también en la filosofía oriental) y se entrecruza con las tres variables básicas que tratamos en este artículo: en la separación entre el sistema abstracto del lenguaje (*la langue*) y el universo del habla concreta, individual (*la parole*); o en la separación entre la ideología como racionalización falsificadora y la ideología como táctica, o finalmente, en la separación entre la dinámica abstracta de la económica política y los significados económicos creados por los individuos «en momentos determinados». Luego, todas las dimensiones que se acaban de mencionar se entrecruzan de varios modos con la dicotomía fundamental y en parte heurística con la cual comencé : el enfoque analítico-científico y el ético-emocional. No puede reducirse o transformarse esta dicotomía a lo «científico» versus lo «humanístico», lo cual nos resulta más conocido. Los análisis científicos brillantes —el que Marx hace del capitalismo inglés o Lenin del capitalismo ruso, por ejemplo, los que Veblen y Mills hacen de las élites estadounidenses, o Haugen y Fishman del noruego y el yiddish en los EEUU— están contextualizados en una sofisticación humanística o filosófica (¡que todos estos hombres indudablemente tenían!) y se hallan enraizados en un sentido humanístico o por lo menos puramente humano de crítica social, o ultraje o compasión o defensa o preocupación por la suerte de otros seres humanos.⁵

5. Para otros conceptos de lenguaje/ideología véase Kristeva (1984 [1977]) y la interpretación de ella por Burniston y Weedon (1980 [1977]); y también Silverstein (1979) y Fishman (1985), y ambos estos últimos basándose, aunque de maneras distintas, sobre los ensayos de Whorf (1964).